



Fraternidad Laicos Cavanis
Casa Sagrado Corazón, INSTITUTO CAVANIS
Via Col Draga – POSSAGNO (TV)

MONASTERIO INVISIBLE

11.2025



Queridísimos amigos,

esta noche hemos pensado dedicar nuestro Monasterio Invisible para orar juntos por la paz, un don que nunca es dado por sentado, sino que siempre hay que invocar, custodiar y construir. Vivimos tiempos en los que la palabra “paz” corre el riesgo de convertirse en un sueño frágil, aplastado por los ruidos de la violencia, el odio y la indiferencia. Pero precisamente por esto no podemos callar ni rendirnos: la paz es un signo del amor de Dios, es el rostro del Evangelio, es nuestra vocación más profunda. Hemos elegido un pasaje de la Carta a los Efesios que nos invita a contemplar la paz como fruto de la reconciliación en Cristo.

El apóstol Pablo nos recuerda que Jesús mismo “es nuestra paz”: no una paz hecha de tratados o equilibrios políticos, sino una paz que nace del corazón transformado, capaz de derribar los muros que nos separan — muros de desconfianza, de miedo, de hostilidad — y de construir un solo cuerpo, una sola familia.

Con este espíritu nos disponemos a la escucha de la Palabra. Encendemos una vela, signo de la luz que el Señor concede incluso en los tiempos oscuros. La llama que ahora vemos es frágil, como la paz que invocamos, pero, cuidada juntos, ilumina y calienta.



SUGERENCIA: coloquemos en el centro un cirio encendido; cada persona, antes de la lectura de la Palabra, encenderá una velita desde la llama central: luz que se multiplica sin disminuir, signo de la paz que crece compartiendo.





***De la Carta del Apóstol San Pablo
a los Efesios (2, 13-16):***

Ahora, en Cristo Jesús, ustedes que antes estaban lejos han llegado a estar cerca gracias a la sangre de Cristo. Él es nuestra paz, quien de dos pueblos hizo uno solo, derribando el muro que los separaba: la enemistad. Con su cuerpo, anuló la ley basada en mandamientos y decretos, para crear en sí mismo un solo hombre nuevo a partir de los dos, haciendo la paz. De esta manera, reconcilió con Dios a ambos en un solo cuerpo, derribando la enemistad por medio de la cruz.
Palabra de Dios.

Las palabras de Pablo nos tocan profundamente, porque hablan de un deseo que habita en todo corazón: vivir en paz.

Pero la paz, en la visión cristiana, no es solo la ausencia de guerra. Es mucho más: es un camino de reconciliación, una obra interior y comunitaria que nos pide derribar los muros, no solo los visibles, sino también aquellos que construimos dentro de nosotros mismos.

El muro del que habla Pablo no es solo el que separa pueblos o culturas diferentes: es el muro que surge cada vez que nos cerramos al otro, que juzgamos, que dejamos de ver a un hermano o una hermana en quien tenemos delante. Cristo, con su cruz, rompió este muro, no con

la fuerza, sino con el amor que se entrega. ¿Y nosotros? Estamos llamados a hacer lo mismo. A transformar nuestros pequeños conflictos cotidianos — en las familias, en las comunidades, en las relaciones difíciles— para construir puentes.

La paz comienza con gestos diminutos pero verdaderos: una palabra que calma, un abrazo que disuelve, un perdón que libera. La paz nace así: cuando alguien tiene el coraje de ser el primero en perdonar, de renunciar a la venganza, de elegir la mansedumbre como camino de fortaleza.

Tal vez no podamos detener las guerras del mundo, pero podemos empezar desde nuestra vida: una palabra más amable, un gesto de acogida, un silencio que escucha, un paso hacia quien es diferente de nosotros. Es a partir de estas pequeñas semillas que Dios hace crecer la paz. Entonces, esta noche, pedimos al Señor no solo la paz para las naciones —en Tierra Santa, en Ucrania, en el Congo

RDC y en cada lugar herido—, sino también la paz para nuestros corazones, nuestras familias y nuestras comunidades. Pedimos que nos haga artesanos de paz, capaces de sembrar esperanza donde reina el miedo. Porque donde reina Cristo, allí ya no hay enemistad, sino comunión, de verdad, como escribe Pablo: “Él es nuestra paz.”

Oremos:

Señor Jesús, tú eres nuestra paz.
Has derribado los muros que nos separan,
has transformado el odio en amor.
Haznos instrumentos de tu reconciliación.
Renueva en nosotros, Señor, el deseo de paz.
Cuando nos cerramos en el miedo, abre nuestro corazón.
Cuando juzgamos o nos defendemos, concédenos mansedumbre y confianza.
Cuando nos parece inútil perdonar, recuérdanos tu cruz.
Renueva en nosotros, Señor, el deseo de paz.
Enséñanos a creer que cada palabra buena puede reconstruir,
que cada gesto de ternura puede salvar,
que cada encuentro puede convertirse en un umbral de luz.
Haz de nosotros, Señor, constructores de paz.
Y cuando la violencia parezca triunfar,
cuando el mal grite más fuerte,
concédenos la fe de los pequeños y la fuerza de los mansos,
para que continuemos esperando en tu Reino que viene.
Tú eres nuestra paz, Señor Jesús.
Quédate con nosotros, y haz de nosotros un solo cuerpo, un solo corazón, una sola esperanza. Amén.

SOLA IN DEO SORS

